

NOTAS SOBRE LA MILITANCIA Y EL TERRITORIO: ¿EN QUÉ SE RECONOCE LA MILITANCIA TERRITORIAL?

Sebastián Sarobe / Universidad de Buenos Aires

He aquí algunas notas. No más. Sólo notas. Como en el cuaderno de alguien que organiza su práctica. Como en una lista de recordatorios. Como realizadas en el corto impase entre el trabajo y el trabajo. No se tratará, pues, de encontrar una respuesta, sino de recorrer ciertas líneas, de comenzar a delimitar ciertos problemas... Y al fin y al cabo, creemos que de eso se trata: intentar pensar las prácticas y practicar el pensamiento.

I. ¿En qué se reconoce la política? Sobre los problemas, las demandas y las soluciones.

La política es una actividad eminentemente productiva. Se trata de producir soluciones para problemas sociales. Sin embargo, ni los problemas están “dados completamente hechos [ni] desaparecen en las respuestas o la solución.” (Deleuze, 2002: .242) Es decir, el problema debe hacerse, configurarse, pero ¿cómo se hace un problema? Hacer el problema es reconocer la configuración de sus singularidades, las partes que lo componen, las intensidades que lo atraviesan, las extensiones en las que se expresa. Pero tal vez el verbo reconocer no es el más adecuado. Hacer el problema es hacerse en él, problematizándose uno, transitar esas conexiones dando lugar a que algo se produzca a partir de él.

Toda solución “remite a un problema, a unos problemas sin los cuales carecería de sentido, y que a su vez sólo pueden ser despejados o comprendidos a medida que se vayan solucionando” (Deleuze y Guattari, 1993: 22). Es decir, el problema se configura en su resolución pero no se identifica con ella, transitar el problema es el proceso de solucionarlo, sin que la solución se identifique nunca con él. El problema no está presupuesto en la práctica sino que se desarrolla en ella. No hay un “siempre el mismo problema” porque no hay siempre una misma práctica.

Se nos hace creer que los problemas son completamente hechos y que desaparecen en las respuestas o la solución; bajo ese doble aspecto, ya no pueden ser sino fantasmas. Se nos hace creer que la actividad de pensar, y también lo verdadero y lo falso en relación con esa actividad, sólo comienzan con la búsqueda de soluciones, sólo conciernen a las soluciones. (Deleuze, 2002: 242)

Por eso uno de los mayores peligros que acechan al militante es el fantasma: problemas que vienen de no se sabe donde pero ya están ahí siempre condicionando nuestra práctica, fijando horizontes que muchas veces ni existen. El fantasma en el estrado dictamina: “ese de por allí es el culpable” y el problema escondido detrás suyo ríe mientras ve como la multitud desbocada intenta ajusticiar al falso problema mientras este se le desvanece entre las manos.

El problema (problema de problemas) es inagotable: no hay problema que se solucione completamente porque la solución es siempre problemática y a su vez porque nunca accedemos a él de modo inmediato y completo. Un problema no es nunca abstracto; será más universal o más particular pero no abstracto.

A su vez, los problemas tienen puntos comunes entre sí, momentos y lugares en los que se yuxtaponen, se implican y se componen. Un problema puede subsumir siempre a otros, aunque la suma de estos no resulte en el primero. De aquí nuevamente, la condición problemática de la política en sí misma. Nunca “la solución”, nunca “la liberación”, nunca “la verdadera y única revolución”.¹ Sólo queda configurar los problemas e experimentar soluciones y ver que resulta.

II. ¿En qué se reconoce el territorio? Sobre la organización del espacio.

En *Mil Mesetas* Deleuze y Guattari desarrollan dos conceptos que nos serán útiles para pensar lo territorial: los conceptos de espacio liso y espacio estriado. Al primero, al liso, le corresponde la velocidad, la indeterminación, la fuga, la heterogeneidad total, la infinita implicación, la contracción, la problematización. El segundo, el estriado, se define por la gravedad, la detención, la segmentariedad, por la subordinación del movimiento a puntos señalados y por la organización y centralización de los flujos alrededor de dichos puntos.

¹ Solucionar el problema por completo significa morir por detención total. No crear los problemas es no haber nacido.

Pero, inmediatamente, no cesan de recordarnos: ni el uno ni el otro, sino el constante deslizarse que inserta a uno en el otro y desarrolla al otro en el uno. “Los dos espacios sólo existen de hecho gracias a las combinaciones entre ambos: el espacio liso no cesa de ser traducido, transvasado a un espacio estriado; y el espacio estriado es constantemente restituido, devuelto a un espacio liso” (Deleuze y Guattari. 2006: 484). De aquí se sigue un consejo: toda desterritorialización y todo proceso de alisado del espacio, requieren dosis de prudencia; “no la sabiduría, sino la prudencia como dosis, como regla inmanente a la experimentación: inyecciones de prudencia” (Deleuze, 2006: 152). No es en absoluto deseable (ni posible) el puro espacio liso.

No veo vida posible sin conjuntos molares. Una vez más, el asunto nunca ha sido decir: ‘hagan saltar la segmentariedad dura y serán felices’. En absoluto, reventaríamos todos. El organismo o la organización del cuerpo es una organización molar. Estarán muertos y es todo (Deleuze, 2005: 308).

A su vez, la absoluta territorialización o el espacio absolutamente estriado significan la muerte por endurecimiento, por sobredeterminación, por estabilidad: nada nuevo, ningún potencial por actualizar, ningún devenir posible.

Ahora bien, estriar el espacio no es sino el trabajo de diferenciar y configurar los problemas en su especificidad, es **hacer el territorio** sobre el que se milita, es el proceso de recortar, marcar y modular el espacio.

Creemos que pensar la militancia en términos meramente espaciales, sin construir territorios, es confundir todo con todo. Todo los problemas son iguales o, lo que es lo mismo, hay un solo, único y caótico problema al que hay que dar solución. La militancia del espacio, al fin y al cabo, actúa de la misma manera en un barrio, una fabrica, una universidad, un sindicato: siempre la misma lectura, las mismas consignas. Esta forma de militancia no conoce el trabajo, la mediación: todo es mera guerra, fiesta, consumo o demanda; antiproducción que no viene de ni se continúa en un momento de producción.

Cabe preguntarse ahora ¿Qué relación hay entre el territorio y el Estado? El Estado es el gran aparato de jerarquización en la inmanencia. En términos generales (y por eso siempre imprecisos) diríamos que todo, desde nuestra desde la materia hasta la

percepción, del individuo al campo social se haya *atravesado por*, o mejor, *en resonancia con* una instancia de estatalidad. El Estado como campo de organización y organicidad, como aquello que distribuye los espacios a ocupar, estriándolos, construyendo territorios; aquello que detiene o ralentiza el puro devenir acontecimental y situacional para darle una profundidad, un anclaje, un perpetuarse en el tiempo y un peso (de ahí que el Estado sea la gravedad). A su vez, es la máquina de inscripción y registro, aquella que posibilita el relato, que permite modular el murmullo, los gritos y los cantos de la guerra y de la fiesta.

A su vez encontramos una Máquina de Guerra que, contraponiéndose al Estado, produce y habita en lo liso, si es que el espacio absolutamente liso se puede habitar. La Máquina de Guerra es la expresión política del problema y el devenir, el Estado de la solución y el territorio, siempre y cuando se entienda que ninguno es inseparable del otro ni capaz de darse sin el otro.

III. ¿En qué se reconoce la militancia? Entre el Estado y la Máquina de Guerra.

Entre los problemas y las soluciones, entre los territorios y el espacio liso, entre el Estado y las Máquinas de Guerra que a él se acoplan y que él no deja de capturar: he allí la militancia.

Si el Estado es la jerarquización, la determinación, la organización, la militancia es la forma bajo la cual el Estado jerarquiza, determina y organiza la Máquina de Guerra. Si la Máquina de Guerra es lo indeterminado, la des-organización, la militancia es la mediación gracias a la cual la MdeG desorganiza al Estado y lo abre a lo indeterminado, al devenir.

La militancia territorial sería entonces esa gloriosa mediación que permite determinar lo indeterminado, reconociendo las singularidades que lo conforman, y configurar los problemas para solucionarlos.

El Estado sin militancia es una maquinaria vacía de ordenamiento. El territorio sin Estado no será más que un espacio indeterminado, en el que se hace imposible el trabajo.

Veamos la organización de la militancia territorial tal como la entendemos. Sin duda es un movimiento que implica alguna forma de jerarquización, algunos elementos se hallan en una posición de más capacidad que otros. Se trata de un movimiento

transversal (Deleuze, 1995, p. 143). Esto es así porque la política no se juega sólo en el campo de lo posible sino que el continuo pendular entre lo actual y lo virtual. No podemos negar la realidad sin considerar como de hecho se encuentra y sin conectar con ella tal como está para cambiar la forma de producción de deseo. Un grupo de anti-psiquiatría no niega los lugares que ocupan el médico, el enfermero y el enfermo pero los toma para componerlos de una manera nueva, conformando grupos polifónicos (Deleuze, 1995: 142-143). La organización militante se diferencia de “el Partido” en que no se conforma sólo con un sujeto político determinado (por ej. el trabajador). “Se trata de invocar potencias impersonales, físicas y mentales con las que uno se confronta y contra las que se combate desde el momento en que se pretende alcanzar un objetivo del que no se toma conciencia más que en la lucha” (Deleuze, 1995: 142-143). Se forma un grupo de multiplicidades que atraviesa el conjunto de los estratos de la sociedad y acepta esa condición. Se trata de hacer resonar la multiplicidades (el obrero, el estudiante, el lumpen, el yuppie...) haciendo aparecer y cristalizar nuevas formas de subjetividad.

He aquí, nuevamente, algo con lo que no debemos confundirnos. La militancia no tiene que ver con el diálogo, la discusión o el consenso, al menos no de manera necesaria. No se trata de comunicación (aunque siempre se juega algo del orden de la enunciación) sino de trabajo, de producción de instituciones. Una militancia que no genera dispositivos de consenso podrá ser más o menos horizontal², pero no por eso menos democratizante y productiva de configuraciones que aumenten la capacidad conectiva de quienes integran su territorio de acción.

A su vez, y ante todo nada de demandas: la militancia desconoce la demanda, no hay nada allí que se produzca, la demanda es la forma de la política mal comprendida o lo que es lo mismo la formulación política del deseo mal comprendido. “Es algo totalmente vacío. [...] El deseo no consiste en erigir un objeto y decir: «deseo esto». No se desea la libertad. Eso no tiene valor alguno” (Deleuze, 2010: 71). Es la restitución de otro vacío, abstracto y siempre faltante: la carencia. Pero la política es de otra índole. “Se trata de una cuestión de territorio [...], una cuestión de jurisprudencia” (Deleuze, 2010: 71).

² La militancia ya dijimos es eminentemente transversal.

Y esta frase, dicha allí, en una conversación, de manera póstuma, nos sirve para condensar lo escrito hasta aquí. La jurisprudencia reúne muchos aspectos de lo que, creemos, son de las prácticas políticas militantes. En ella no se actúa desde el Estado pero no se desconoce la importancia del mismo como agente de codificación de los flujos sociales. No parte del Derecho sino que metiéndose en sus fisuras lo arrastra en un devenir no previsto. La jurisprudencia es la capacidad instituyente, capacidad de registrar y estriar el devenir. Es la forma en que el devenir de los acontecimientos es pasible de ser cristalizado en prácticas institucionales.

La militancia territorial y territorializante es, entonces, el devenir Estado de la Máquina de Guerra y el devenir Máquina de Guerra del Estado: darle un territorio al nómada y alisarle el territorio al sedentario para poder construir otros. Pero ante todo, entender que quedarse en alguno de los dos polos (nómada o sedentario) y confundirse en él es el error o la gran muerte.

En pocas palabras, la militancia territorial es una máquina que comprendió la máxima de la actitud crítica: Los Estados sin las Máquinas de Guerra son vacíos, las Máquinas de Guerra sin Estado son ciegas.

Bibliografía

Deleuze, G. (2002). *Diferencia y Repetición*. Buenos Aires: Amorrortu.

Deleuze, G. (2005). *Derrames entre el capitalismo y la esquizofrenia*. Buenos Aires: Cactus.

Deleuze, G. (1995). *Conversaciones*. Valencia: Pre-Textos.

Deleuze, G. (2010). *ABC de Deleuze: La penúltima entrevista (1988)*. Buenos Aires: Devenir imperceptible, colectivo editor.

Deleuze, G., Guattari, F. (1993). *¿Qué es la filosofía?*. Barcelona: Anagrama.

Deleuze, G., Guattari, F. (2006). *Mil Mesetas (Capitalismo y esquizofrenia)*. Valencia: Pre-Textos.